

LAS REVELACIONES DE LUNIK II

A la resonancia mundial del primer raid Tierra-Luna del cohete ruso, se suma el estallido de una serie de descubrimientos astronómicos de alcance insospechado. Los instrumentos de dicho cohete-laboratorio, han transmitido un verdadero botín científico reunido a lo largo de su trayectoria, y hasta el momento mismo de su colisión con nuestro satélite. Estas miles de observaciones han sido recogidas de primera mano, desde el propio artefacto, sin mediación alguna de telescopios ópticos o electrónicos de nuestros observatorios.

La primera revelación que nos suministra el raid del Lunik II, levanta el velo sobre el origen mismo de la Luna. Nuestro mundo es un planeta doble: la Luna es su hija. En los inicios del tiempo, la Tierra arrojó al espacio una parte de ella misma, una fracción de su materia, la cuadrigésima nona parte del volumen que ocupaba en el Universo; hará de ello unos millones de años.

¿— Cómo les ha sido posible llegar al conocimiento de tan gran cataclismo, a los instrumentos del cohete en algunas horas de vuelo, a pocos segundos de aproximación a la Luna? ¿— Cómo han podido urgar en él, tan lejano, pasado de nuestro Universo? Ha bastado que esos instrumentos hayan medido con exactitud el campo magnético fluyente del satélite: y las cifras que ha proporcionado son formales, son serias: La Luna no posee el menor rastro de campo magnético. Extraordinaria consecuencia de esta constatación. La falta absoluta de campo magnético en el satélite, significa para los astrónomos-físicos, que el centro de la Luna se halla totalmente falto de los materiales de muy alta densidad, esta clase de baño de metales en fusión, sometidos a presiones de millones de quilos por centímetro cuadrado, y que forma el núcleo central terrestre.

En el centro de nuestra Tierra, esos metales se hallan sometidos a potentes corrientes eléctricas, que crean el famoso campo magnético, guía de nuestros navegantes. Nuestro Globo se comporta a la manera de un imán de dinamo, que proyecta muy alto en la atmósfera, y aún mucho más allá, el inmenso campo magnético que orienta nuestras brújulas.

Este núcleo metálico central, se formó por condensación progresiva, desde la periferia al centro, de la materia cósmica que constituía nuestro planeta en sus albores. Sin núcleo central, no puede existir campo mag-

nético, con lo que se demuestra que la Luna no nació autónomamente como nuestro globo.

El satélite fue materialmente arrancado de la superficie de la tierra cuando todavía ésta, era una esfera líquida flotando en el espacio. El hoyo dejado en la tierra al desprenderse el satélite, se supone lo constituye la vasta depresión que forma el Océano Pacífico.

Las cifras de la mecánica celeste confirman estas revelaciones del Lunik. La densidad de la Luna es 3,33, mientras que la de la Tierra es de 5'50, mucho más pesado nuestro globo, por razón de su núcleo central.

En consecuencia, los primeros viajeros que pondrán sus pies en nuestro satélite, no podrán utilizar la brújula. Su único punto de referencia será, primero, la Tierra que brillará en el cielo absolutamente negro: también les podrá servir el Sol que aparecerá a su vista, azul é inmenso en cuanto a volumen. Al borde mismo de su superficie, los primeros astronautas lunares, verán brillar las estrellas del firmamento, con una riqueza infinita de colores, que nos es privado contemplar a nosotros, los terrenos, por razón de nuestra atmósfera.

Pero la cosecha científica del Lunik, nos trae promesas terrestres que trastornarán nuestra vida cotidiana e incluso la actual civilización. En un día próximo será posible extraer de nuestro planeta una fuente inextinguible de energía eléctrica, con sólo introducir, profundamente, en el suelo, dos electrodos colocados a unos centenares de kilómetros uno del otro. Bastará que cada cual plante un juego de estos electrodos, para obtener agua, fuerza motriz, abonos, pan y libertad. Aunque tan sólo no fuera más que esto, estaría plenamente justificado el viaje del Lunik II.

Otra conclusión de enorme importancia para el porvenir de la humanidad, la constituye el hecho de que, el Lunik, ha podido constatar que no existe barrera alguna de radiaciones mortales alrededor de la Luna. Los futuros viajeros interplanetarios con destino a Marte o Venus, partirán de la Luna y no de la Tierra ni de ningún satélite artificial como se venía pregonando hasta el presente. Con menos gasto de energía, siendo la densidad lunar mucho más débil que la terrestre y suprimido el roce o frotación que debería sufrir la astronave a través de la atmósfera, la proporción de ahorro en energía sería aproximadamente de 1 a 10. No debiendo temer, en su partida, el paso de las barreras de radiaciones, el cohete cósmico no tendrá necesidad de ser blindado. Será, pues, mucho más ligero. Asimismo,

la fuerza de su motor a reacción, se podrá reducir. Y en vez de construir las fantásticas estaciones espaciales, el hombre, utilizará las cavernas lunares, como base para sus futuros viajes interplanetarios.

Para respirar, fabricará el oxígeno desintegramiento, por electrólisis, las rocas de la Luna, mediante la corriente facilitada por pilas solares, iguales a las que utilizan, ya hoy, los americanos y rusos para las antenas de sus satélites artificiales. Para beber y lavarse, fabricará agua, destilando dentro de un crisol, piedras, tales como el alumbre, piedra astringente que contiene más de la mitad de su peso en agua. Se procurará, de esta manera, toneladas de agua perfectamente potable y adecuada para todos los usos.

Las ciudades lunares podrán ser construidas con más facilidad de la que, generalmente, se cree. No será necesario el envío de cohetes de carga con sacos de cemento, ni material alguno de construcción. De esta estación lunar, saldrán para los viajes interplanetarios a Marte y Venus, las aeronaves enviadas, a nuestro satélite, en piezas montables, desde la tierra.

El Lunik II nos ha confirmado que en la Luna no existe atmósfera. Con ello se abre, de par en par, la puerta al sueño fantástico de nuestros físicos: esta máquina ideal de la artillería atómica; el super-microscopio que permitirá ver el núcleo de átomos, tan limpiamente como Pasteur vió a sus microbios. Para la construcción de tales microscopios electrónicos, que utilizarían partículas de millones y millones de electron-volts de energía, será preciso disponer de inmensos túneles en los que reine el vacío. Ya en los Estados Unidos se está construyendo un túnel de estas características y de una longitud de 10 kilómetros. Pero en la Luna, guiando las partículas por medio de anillos metálicos cargados de electricidad y sujetos al suelo, se obtendrán aceleradores atómicos, largos de centenares de kilómetros, con ausencia total de aire, lo que haría inútil el uso de túneles.

Las partículas así aceleradas atravesarán, sin destruirlo, el núcleo de átomos que sirva de blanco o diána. Sobre la pantalla fluorescente, situada al final del trayecto, se formarán las figuras, tan deseadas, del núcleo atómico, figuras de una textura geométrica absolutamente desconocida y que son la clave del máximo poderío.

Gracias a la Luna, podremos penetrar los secretos más íntimos de la materia, y nos será dado fabricar oro, nuevos elementos a voluntad y lo que